



Declaración del arzobispo William E. Lori
Presidente del Comité de Actividades Pro-Vida de USCCB

Edificar una cultura de la vida en el mundo posterior a *Roe*

Respuesta a nuestra oración

La revocación de *Roe vs. Wade* por parte de la Corte Suprema es, sin dudas, una respuesta a nuestra oración. En su dictamen en *Dobbs vs. Jackson Women's Health Organization*, los ministros terminaron el régimen de aborto a solicitud de la Corte de casi cincuenta años en todo el país; un régimen que estaba basado en la opinión indefendible de que la Constitución de EE. UU. de manera implícita prohíbe al gobierno proteger al niño en el seno materno de la violencia del aborto. La Corte Suprema en *Dobbs* concluyó que no hay nada en el texto de la Constitución, en la historia, en la tradición jurídica de EE. UU. ni en los precedentes de la Corte que justifiquen la posición extrema de *Roe*. Por consiguiente, remitió la cuestión del aborto a la decisión de los representantes electos del pueblo que habían ejercido tal autoridad desde la fundación de nuestra nación hasta el fallo de *Roe* en 1973. Al hacerlo, la Corte Suprema en *Dobbs* allanó el camino para un cambio de paradigma en la legislación estadounidense permitiéndole agrandar sus límites para acoger nuevamente un segmento de la familia humana que había estado fuera de sus protecciones durante casi medio siglo.

Dobbs constituye, entonces, una victoria para la justicia, el imperio de la ley y la autogestión. Pero para los que rezamos para que llegara este momento, es la ocasión para una renovación y rededicación de nuestros esfuerzos para edificar una cultura de la vida y una civilización del amor. Por supuesto que la justicia es esencial para este fin. Pero no es suficiente.



Edificar un mundo donde todos sean bienvenidos requiere no solo justicia, sino compasión, sanación y, sobre todo, amor incondicional.

Cambiar el paradigma a la "solidaridad radical"

En el mundo después de *Roe*, los católicos ahora deben trabajar juntos por otro cambio de paradigma, incluso más profundo. Debemos ir más allá de un cambio de paradigma en la ley para ayudar a la gente de nuestra nación a ver mejor *quiénes podemos ser como nación* entendiendo de verdad *lo que nos debemos mutuamente por ser miembros de la misma familia humana*. Para construir un mundo en el que todos sean bienvenidos, debemos acatar las palabras de santa Teresa de Calcuta y recordar que "nos pertenecemos unos a otros".

El aborto es una señal espantosa de cómo nos hemos olvidado de que nos pertenecemos unos a otros. La lógica de *Roe vs. Wade* ha construido nuestro diálogo nacional sobre el tema del aborto como un conflicto de suma cero entre extraños. Pero la verdad del asunto es que madre e hijo no son extraños; ya están entrelazados por la carne y

el parentesco. La nueva vida que se desarrolla bajo el corazón de la madre ya está situada en una red de relaciones, que incluyen a la familia, vecinos y conciudadanos. La lógica de *Roe*, en nombre de la autonomía, ofrece a la mujer solamente el derecho de ver que se utiliza una fuerza letal contra su hijo, pero al mismo tiempo la deja abandonada.

Por el contrario, la lógica de la cultura de la vida reconoce que la embarazada y su hijo no están solos: son miembros de nuestra gran familia humana cuya vulnerabilidad entrelazada es un llamado a todos nosotros, pero especialmente a los católicos por la enseñanza de Jesús y su proclamación del Evangelio de la Vida. De hecho, los católicos ven en la vida de la Sagrada Familia una lección para toda la sociedad: María, que no solo dijo “sí” a la vida sino que acompañó y cuidó a su hijo durante toda su vida; José, que se enfrentó a desafíos inesperados y a las amenazas al niño con fortaleza y compasión; y Jesús mismo que vino al mundo sin poder ni majestad pero con la vulnerabilidad, dependencia y la humildad de un niño.

En un mundo posterior a *Roe* entonces, debemos cambiar el paradigma a lo que san Juan Pablo II describió como “solidaridad radical”, haciendo propio el bien de los demás, incluyendo en especial a las madres, a los bebés (nacidos y por nacer) y a las familias durante toda la vida de la persona. Es un llamado a la amistad y compasión enraizado en la verdad de que hemos sido creados para amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos.

Hablar y vivir la verdad con compasión

¿Qué significa esto en concreto? ¿De qué manera practicamos la solidaridad radical y el amor incondicional en un mundo posterior a *Roe*? En primer lugar, diciendo la verdad de que el aborto injustamente mata al niño en el vientre materno y además hiere gravemente a las mujeres, hombres, familias y a la nación en conjunto. Degrada la práctica de la medicina y corrompe el derecho. Debemos *hablar* de estas verdades con compasión, y debemos *vivir* estas verdades con compasión. Debemos extender la mano de la compasión a todos los que sufren o están necesitados después de un aborto, incluidos quienes aún no ven la verdad en su plenitud. Además, el llamado a amar

nos obliga a practicar la cortesía y caridad cuando hablamos con quienes no estamos de acuerdo y acerca de ellos.

Las palabras solas no son suficientes para llevar adelante la revolución de amor necesaria para crear un mundo donde todas las mujeres, niños y familias sean acogidos y protegidos. Para esto, debemos tener el valor de amar—de *actuar y dar testimonio* cuidando a los más pequeños entre nosotros, sin condiciones y sin esperar una recompensa. Solamente por medio de un testimonio tan radical,



se suavizarán los corazones para que puedan recibir la verdad del Evangelio de la Vida.

Concretamente, como escribió san Juan Pablo II en su carta a la IV Conferencia mundial de las Naciones Unidas sobre la mujer: “Una solidaridad radical con la mujer exige que se afronten las causas que impulsan a no desear al hijo”. Veinticinco años más tarde, el papa Francisco repitió el mismo sentimiento en su discurso a las Naciones Unidas en 2020. El aborto es un resultado cruel de no cuidarnos unos a otros. Construir un mundo en el cual las mujeres sean apreciadas, los niños sean amados y protegidos y los hombres sean llamados a cumplir sus responsabilidades como padres, exige que comprendamos y abordemos el complejo y trágico enredo de sufrimiento y conflicto que culmina en la violencia del aborto. Esta es una tarea enorme y abrumadora.

Afortunadamente, los católicos ya tienen una fuerte base en la promoción que desde hace siglos la Iglesia viene dando a los deberes parentales y sociales. Millones de personas católicas de todas las esferas de la sociedad ya están procurando personalmente construir los lazos de solidaridad y compasión

en toda nuestra sociedad. Muchos participan de iniciativas parroquiales y comunitarias como centros de recursos para embarazadas, orientación posaborto y más recientemente en iniciativas tales como *Camina con madres necesitadas*.

La Iglesia Católica es el mayor proveedor de servicios sociales caritativos a mujeres, niños y familias en Estados Unidos. Solamente el gobierno federal hace más por medio del dinero recaudado con impuestos. Los católicos ya han hecho mucho en el ámbito institucional y personal para ayudar a abordar los problemas de la pobreza, atención médica, educación, vivienda, empleo, adicciones, justicia penal, violencia doméstica y otros condicionantes que empujan a las mujeres al aborto. Nuestra Iglesia comprende que los padres, niños y familias necesitan ayuda no solo durante el embarazo, sino también durante todo el camino de la vida porque millones de católicos ya acompañan a su prójimo en tales circunstancias. Además, esa ayuda implica acompañar a los padres mientras toman la valiente decisión de crear un plan de adopción para su hijo que brinde un lugar de pertenencia genuina, injertándolo como hijo o hija en un nuevo árbol genealógico. Y la Iglesia también brinda sanación y misericordia a aquellas mujeres y hombres que sufren porque en el pasado decidieron abortar. Pero nosotros ahora debemos hacer incluso más.

Una nueva política

Nuestra nación desesperadamente necesita sanación de la polarización tóxica y de la ira que ha envenenado a gran parte de nuestra política en los últimos años. Un cambio de paradigma que sustituya el abandono de las mujeres enmascarado como libertad por la solidaridad radical puede abrir un camino hacia una política nueva. Sin embargo, los que no están de acuerdo con la moralidad o justicia del aborto deben unirse para buscar soluciones comunes que brinden atención y apoyo a las familias, madres e hijos necesitados. Los funcionarios públicos pueden encontrar nuevos horizontes, ir más allá de las divisiones políticas de la izquierda y la derecha y construir una nueva coalición de personas de buena



voluntad que se enfoquen en los mejores resultados para los necesitados por los medios que fueran, públicos o privados, que resulten más eficaces.

Conclusión

Casi cincuenta años después de *Roe vs. Wade*, la Corte Suprema finalmente devolvió al pueblo estadounidense la autoridad para gobernarse en cuestiones del aborto. Por supuesto, la justicia requiere que las protecciones básicas de la ley contra la violencia se extiendan a los niños en el vientre materno. Pero la justicia sola no basta. La oportunidad que nos da la Corte Suprema no es una oportunidad para mirar hacia atrás y regresar al pasado. En cambio, es un llamado a los católicos de todos los ámbitos a mirar hacia adelante y construir un futuro mejor, un futuro en el cual las nuevas características de nuestra sociedad sean la solidaridad, la compasión, la reconciliación y una nueva unidad como nación. No somos individuos divididos que buscamos imponer nuestra voluntad en un mundo de conflicto. Por el contrario, nos pertenecemos unos a otros y cada uno de nosotros fue creado para el amor y la amistad. Por consiguiente, debemos vivir y actuar con una solidaridad radical con madres, familias e hijos necesitados. Esto quiere decir hacer lo que podamos mediante la ley, las normas, la política y la cultura para brindarles el cuidado y apoyo que necesitan para prosperar durante todo el camino de su vida. Mediante nuestras acciones colectivas e individuales, podemos construir una cultura de la vida y una civilización del amor en Estados Unidos. Comencemos.